



PRISIONEROS DE NUESTRA PROPIA PIEL
PRISONERS OF OUR SKIN

Cristina Bosso¹

RESUMEM: “Estamos prisioneros en nuestra piel” dice Wittgenstein en una entrada de su diario de 1931 (DF, pág. 217). Esta afirmación nos sirve como punto de partida para mostrar que del proyecto wittgensteiniano de fijar límites al pensamiento se desprende una filosofía a la medida humana, que dejando de lado las ambiciosas aspiraciones de descubrir fundamentos incondicionados, de capturar la esencia del bien, la belleza o la verdad se limite a dar cuenta de las posibilidades que nos ofrece nuestro lenguaje, a reconocer nuestros límites. A partir de 1930 se hacen evidentes algunas de las consecuencias que se desprenden de los límites que ha fijado en el *Tractatus*; en este período Wittgenstein deja de lado los aspectos lógicos del lenguaje y comienza a interesarse por otras posibilidades. De su análisis se desprenden interesantes consecuencias. A la inversa de la terapia platónica que es ascendente, la wittgensteiniana es descendente: la meta no es alcanzar el sol sino aceptar nuestra condición. Wittgenstein propone el regreso a la familiar, a lo cotidiano, al terreno áspero del mundo humano. En tanto dejamos de lado la búsqueda de objetos ideales lo que nos queda es la posibilidad de disolver los problemas por medio del esclarecimiento de las confusiones a las que nos induce el lenguaje y la pretensión de la filosofía de hablar en términos absolutos, un terreno helado en donde falta fricción. En este sentido la propuesta de Wittgenstein aparece como una terapia que conduce a liberarnos de la tentación de hacer afirmaciones de carácter absoluto para abrir espacio a asumir un punto de vista humano que nos permita combatir posicionamientos fundamentalistas y dogmáticos en los que somos tan propensos a caer.

ABSTRACT: “We are prisoners in our skin”, says Wittgenstein in a diary entry from 1931 (DF, P.217). This statement serves us as a starting point to show that from the Wittgensteinian project of setting limits to thought it emerges a philosophy to the human measure, which accounts for the possibilities that our language offers us to recognize our limits by leaving aside the ambitious aspirations of discovering unconditional foundations, of capturing the essence of good, beauty or truth. From 1930, some of the consequences which arise from the limits set in the *Tractatus* become evident; in this period, Wittgenstein leaves aside the logical aspects of language and begins to be interested in other possibilities. His analysis generate interesting consequences. Contrary to Platonic therapy, which is ascending, Wittgensteinian therapy is descending: the goal in not to reach the sun, but to accept our condition. Wittgenstein proposes a return to the familiar, to the everyday life, to the rough terrain of the human world. As long as we put aside the search for ideal objects, what remains for us is the possibility of dissolving the problems by clarifying the confusions to which language induces us and the claim of philosophy to speak in absolute terms, a frozen ground where there is no friction. In this sense, Wittgenstein’s proposal appears as a therapy that leads us to free ourselves from the temptation to make absolute statements so as to open space to assume a human point of view that allows us to combat fundamentalist and dogmatic positions in which we are so prone to fall.

¹Professora de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad Nacional de Tucumán. E-mail: cbossop@gmail.com



Artigo publicado em acesso aberto sob a licença Creative Commons Attribution 4.0 International Licence.



INTRODUCCIÓN

A cien años de la publicación del *Tractatus Logico-Philosophicus* se ha hecho evidente que esta obra constituye un hito en la historia de la filosofía, que marca un antes y un después en su desarrollo. Wittgenstein trae un nuevo paradigma que trastoca desde sus cimientos el modo de concebir y practicar la filosofía, tradicionalmente ocupada en construir complicados edificios teóricos, castillos en el aire que se propone destruir para dejar libres sus cimientos. Wittgenstein resignifica los conceptos y propone una visión tan diferente que todavía estamos intentando asimilar sus alcances.

En el núcleo central de su proyecto se encuentra la intención de fijar límites al pensamiento, una constante que se mantiene a lo largo de toda su obra. Muchos autores han comparado esta tarea con el proyecto kantiano, y si bien es verdad que ambos se proponen fijar límites a las pretensiones de la metafísica, a mi juicio la propuesta de Wittgenstein resulta mucho más radical puesto que lo lleva a proponer un nuevo objeto para la filosofía: el lenguaje, que reemplaza a las ideas, provocando un profundo viraje que trastoca un plexo de significados interconectados. Este será el punto de partida de un nuevo modo de filosofar que, lejos de construir sistemas teóricos y postular fundamentos se detiene en la praxis humana y la relación de los usos del lenguaje con las formas de vida; dejando de lado la búsqueda de respuestas absolutas Wittgenstein nos llama a abandonar las ansias de generalidad y la ambición de explicar para detenernos en los detalles, para asumir que podemos ver las cosas desde diferentes perspectivas.

En este trabajo les propongo mostrar que del proyecto de fijar límites al pensamiento se desprende una filosofía a la medida humana, que dejando de lado las ambiciosas aspiraciones de descubrir fundamentos incondicionados, de capturar la esencia del bien, la belleza o la verdad se limite a dar cuenta de las posibilidades que nos ofrece nuestro lenguaje, a reconocer los límites humanos, a quedarnos dentro de nuestra propia piel. En este sentido la propuesta de Wittgenstein aparece como una terapia que conduce a liberarnos de la tentación de hacer afirmaciones de carácter absoluto para abrir espacio a asumir un punto de



vista humano que nos permita combatir posicionamientos fundamentalistas y dogmáticos en los que somos tan propensos a caer.

1 NUESTRA PROPIA PIEL

“Estamos prisioneros en nuestra piel” dice Wittgenstein en una entrada de su diario de 1931 (DF, pág. 217). Esta anotación tal vez puede parecer un comentario accesorio o superficial pero, como sabemos, en Wittgenstein no hay nada que sea accesorio o superficial. Ni antes ni después hay pistas que orienten una interpretación plausible; puestas en relación con el conjunto de su obra resulta sugerente y nos ofrecen una clave de lectura posible para ingresar en las transitadas páginas del *Tractatus*, ya que nos conecta con el núcleo de sus preocupaciones.

Si algo nos queda en claro de entrada en esta obra es que la intención de Wittgenstein es poner límites al pensamiento desde el lenguaje, determinar de lo que se puede hablar y de lo que no se puede hablar; este concepto abre y cierra la obra, aparece explícitamente en el prólogo y en la famosísima sentencia final. La idea de límites constituye una preocupación que lo acompaña a lo largo de su vida y aparece recurrentemente a lo largo de toda su obra. Los límites precisos y rigurosos del *Tractatus* reaparecen en *Investigaciones Filosóficas* reinterpretados como difusos y borrosos, y en *Sobre la Certeza* como contingentes y cambiantes. Wittgenstein apela a sugerentes metáforas: los límites aparecen bajo la forma de la roca dura que tuerce la pala, de botella cazamoscas, de los barrotes de la jaula, del lecho del río, de la prisión de nuestra piel. A pesar de los vaivenes del pensamiento, el propósito de mostrar los límites se mantiene constante y opera como la navaja que recorta las excesivas ambiciones de un modo de hacer filosofía tal vez en exceso optimista que buscó transgredir las posibilidades humanas para buscar fundamentos indubitables y certezas absolutas.

Creo que es importante hacer una precisión: lo que Wittgenstein pretende no es imponer límites sino dar cuenta de ellos: mostrar el modo en que funciona nuestro lenguaje y sus posibilidades, lo que podemos decir con sentido y lo que no. Esto se encuentra en consonancia con su modo de entender la filosofía, que es no pretende ser prescriptiva sino



descriptiva: su proyecto no es dictaminar que cosas no se *deben* decir, sino mostrar cuales son las que no se *pueden* decir con sentido; intenta mostrar cómo funciona nuestro lenguaje y advertirnos sobre los errores que podemos cometer sino lo comprendemos.

A partir de 1930 se hacen evidentes algunas de las consecuencias que se desprenden de los límites que ha fijado en el *Tractatus*; en este período Wittgenstein deja de lado los aspectos lógicos del lenguaje y comienza a interesarse por otras posibilidades: el lenguaje de la ética, de la estética, del simbolismo, lenguajes que resultan especialmente expresivos puesto que revelan aspectos de nuestra existencia. De su análisis se desprenden interesantes consecuencias; en las *Observaciones a "La rama dorada de Frazer"* nos propone una fuerte crítica a la pretensión de ubicarnos en un punto de vista que privilegiado para juzgar otras culturas. Asumiendo que lo humano puede aparecer bajo formas diferentes, sólo podemos comprender el sentido de las acciones si las analizamos en relación con un contexto que las legitima y no desde normas generales. Combate, en la figura de Frazer, un modo de análisis característico de la filosofía que pretende emitir juicios a partir de criterios absolutos y propone una perspectiva diferente que abre espacio a pensar la diversidad de formas de vida si pretender subsumirlas bajo reglas generales de explicación; sólo podemos describir y decir "así es la vida humana". Abandonando la posibilidad de situarnos en el ojo de Dios, Wittgenstein recupera la perspectiva humana. En la "Conferencia sobre ética" ha iniciado un camino paralelo, en tanto recorta el espacio de las posibilidades de hablar en términos absolutos argumentando que conceptos como "bueno" y "malo" sólo tienen significado en la medida en la que los usamos en sentido relativo, que sólo podemos formular juicios en la medida en que hemos determinado algún criterio; que no existe la carretera absolutamente correcta como tampoco existe una acción absolutamente buena; que para nosotros, seres humanos, el absoluto está vedado. Así como una taza no puede contener más líquido de lo que su capacidad le permite, ningún enunciado de hecho puede implicar un juicio de valor absoluto porque excede las posibilidades de nuestro lenguaje.

El error de la metafísica, que para él conduce sin desvíos al reinado del sinsentido, es la pretensión de hacer afirmaciones que exceden los límites de nuestras posibilidades. La operación argumentativa conduce, en ambos casos, a disolver la persistente ilusión de que



podemos ubicarnos por fuera de todo condicionamiento para juzgar desde un punto de vista absoluto. La cruzada de Wittgenstein contra la metafísica conduce a llevarnos a reconocer nuestros límites, a situarnos en el plano de lo humano y a abandonar las pretensiones de hablar en términos absolutos. Así como no podemos pensar objetos espaciales fuera del espacio, ni objetos temporales fuera del tiempo, no podemos pensar ningún objeto fuera de la posibilidad de su conexión con otros, dice en el *Tractatus* (2.0122). Tampoco podemos concebir un valor que no se encuentre en conexión con determinados criterios. “Nada de lo que uno hace puede defenderse absolutamente sino sólo en relación con algo distinto ya establecido” anota en 1931. (DF, pág. 55) Podemos hablar del mundo y de los hechos que ocurren en él, de las relaciones entre los objetos, podemos juzgar si un vino es bueno o si alguien es un buen pianista de acuerdo a criterios previamente establecidos, pero hablar en términos de absoluto excede las posibilidades del lenguaje humano. En su segunda filosofía no hay, por eso, otro fundamento para el significado que la praxis humana, que las reglas de uso de las palabras, que como el lecho de un río se encuentran expuestas a sutiles cambios. Como sostiene Sádaba, la actitud wittgensteiniana nos deja solos, nos abandona a nuestras creaciones, nos convierte en imitadores de nosotros mismos y no de un más allá que nos sirva de coartada. (Sádaba, 1992, pág. 96)

En el trasfondo de su tenaz enfrentamiento con la metafísica reside el desesperado intento de mostrar los límites de nuestras posibilidades, de conducirnos a reconocer los límites de nuestra propia piel. Desde este punto de vista el pensamiento de Wittgenstein opera como un recordatorio de nuestras limitaciones, de nuestra finitud, de que somos humanos (Gensollen, 2009, pág. 14). La noción de silencio nos habla del respeto por estos límites e implica proponer una filosofía a la medida humana. Creo que esto justifica que incorporemos a Wittgenstein al podio de los maestros de la sospecha que propone Ricoeur, a la par de Marx, Nietzsche y Freud ya que, al igual que ellos, denuncia una persistente ilusión en los que somos propensos a caer.

Descartando los excesos a los que nos induce la metafísica, en su segundo período redobla la apuesta y nos llama a quitarnos las gafas para ver como funciona el lenguaje, a abandonar la búsqueda de fundamentos para concentrarnos en un examen de índole



gramatical que permita deshacer los malos entendidos que conciernen al uso de las palabras, a advertir que no hay definiciones capaces de capturar la esencia de las cosas sino sistemas de reglas que nos indican como usarlos; a desprendernos de la ilusión de que el lenguaje o el pensamiento pueden ofrecernos un correlato del mundo, a desprendernos de la búsqueda del ideal que nos ciega y no nos permite ver claramente el modo en el que funcionan las palabras. Por eso nos llama a enfocar nuestra mirada para ver más de cerca, a fijarnos en los detalles, a reconocer las diferencias que nuestras ansias de generalidad nos llevan a olvidar, a advertir que las cosas no siempre son lo que parecen, que en una misma figura a veces podemos ver un conejo y otras un pato, que los triángulos que están dentro del círculo pueden ser blancos o negros, depende dónde fijemos nuestra mirada.

Como señala Mario Gensollen, podemos decir que Wittgenstein es uno de los pensadores más atentos a la voz humana, que nos invita a regresar a casa, a no sublimar nuestros conceptos, a trabajar desde la aspereza de las prácticas lingüísticas con imaginación y frescura, a reconocer nuestra finitud y nuestros límites. A la inversa de lo que ocurre con Platón, dice Gensollen, para Wittgenstein la finalidad terapéutica de la filosofía no consiste en liberarnos de las ataduras de nuestra precaria condición sino, por el contrario, en reconciliarnos con lo propiamente humano. Cito: “El sol platónico no es más que una ilusión que nosotros mismos hemos producido por la perpetua insatisfacción que nos produce nuestra condición humana; curados de dicha insatisfacción, el ansia por alcanzar el sol se desvanecerá” (Gensollen, 2009, pág. 25). En esta misma dirección sostiene Stanley Cavell: “Wittgenstein desea un reconocimiento de la limitación humana que no nos deje desconformes con nuestra propia piel para ir más allá de las condiciones humanas de conocimiento. Estas ya no serán nunca más barreras para una aprehensión más perfecta sino condiciones del conocimiento”, (Cavell, 1976, pág. 61)

A la inversa de la terapia platónica que es ascendente, la wittgensteiniana es descendente: la meta no es alcanzar el sol sino aceptar nuestra condición. Wittgenstein propone el regreso a la familiar, a lo cotidiano, al terreno áspero del mundo humano. En tanto dejamos de lado la búsqueda de objetos ideales lo que nos queda es la posibilidad de disolver los problemas por medio del esclarecimiento de las confusiones a las que nos induce el



lenguaje y la pretensión de la filosofía de hablar en términos absolutos, un terreno helado en donde falta fricción.

En este aspecto, como en tantos otros, la propuesta de Wittgenstein resulta francamente revolucionaria; al proyecto tradicional de la filosofía de trascender nuestros límites para acceder a lo incondicionado le enfrenta una filosofía a escala humana, y nos ofrece una receta magistral contra todo dogmatismo. Reconocer nuestros propios límites puede ser, entonces, el primer resultado de la terapia wittgensteiniana que nos conduce a desconfiar de las respuestas absolutas, inaccesible meta cuya indeseable consecuencia es paralizar el pensamiento y anular la posibilidad de diálogo.

2 LA TENTACIÓN DEL ABSOLUTO Y LA TERAPIA FILOSÓFICA

“Seamos humanos” dice Wittgenstein enigmáticamente en una anotación también de 1931 recogida en *Cultura y Valor* (Wittgenstein, pág. 76). Claramente esto no es una descripción sino un llamado, una invitación, una propuesta. ¿Podemos interpretarlo en relación con la sentencia final del *Tractatus* como una exhortación a reconocer nuestros límites? ¿Podemos pensar, en relación con el aforismo 84, que ser humanos implica trabajar sobre nosotros mismos, en nuestra propia comprensión, en nuestro modo de ver las cosas? La intrínseca relación entre filosofía y vida que constituye el sustrato de su pensamiento nos permiten conjeturar que sí.

En la línea de lectura que estoy proponiendo, la exhortación a que seamos humanos puede ser entendida como un llamado a asumir los límites de nuestra propia condición. Wittgenstein sabe que no se trata de una tarea fácil, sabe de la seducción que ejerce sobre nosotros el absoluto, conoce la tentación de decir lo que no puede ser dicho y la persistente tendencia a trascender nuestros límites; a esto hace referencia al final de la “Conferencia sobre ética”, donde habla de la natural tendencia del espíritu humano a transgredir los límites del lenguaje, de la tentación de ir más allá del mundo, del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso. La ética, entendida como el deseo de decir algo sobre el absoluto, constituye para él un testimonio la tendencia



del espíritu humano de ir más allá del mundo, de arremeter contra los barrotes de nuestra jaula, contra los límites del lenguaje. Esto da cuenta de un aspecto fundamental que caracteriza la condición humana: la tensión entre los límites a los que nos enfrentamos y el insistente deseo de transgredirlos. Roberto Rojo lo describe certeramente: “Frente a las alternativas y contingencias de la acción moral, tocada de las flaquezas y veleidades de los hombres se destaca, con altivez, el imperio de las normas y valores absolutos. He aquí el origen del desgarramiento de la conducta: de un lado las concretas y complejas motivaciones que mueven nuestras acciones; del otro las estrictas exigencias de los principios absolutos. Tironeado por fuerzas antagónicas, el ser humano tiende hacia algo que le resulta inaccesible” (Rojo, 1999, pág. 273 – 274).

En la “Conferencia sobre ética” Wittgenstein da cuenta de esta paradójica condición, de la tensión entre el deseo de acceder al absoluto y la incapacidad de lograrlo, de la irrealizable tentación de trascender nuestros límites y desprendernos de nuestra propia piel para ver el mundo desde el ojo de Dios, para usar la iluminadora metáfora de Putnam. Como dice Antoni Defez: “No existe nada más allá del mundo, de los objetos, de los hechos. Pero lo dado y su transparencia nos sabe a poco por eso tendemos a correr los límites. Lo que nos define es nuestro carácter fronterizo y disidente con respecto a lo dado” (Defez, 1994, pág. 158).

Wittgenstein nos llama a reconocer nuestros límites con interesantes argumentos; como señala en “Conferencia sobre ética”, si el *bien absoluto* fuera un estado de cosas describable, todo el mundo podría reconocerlo *necesariamente*. Como lo pensaron Platón y Descartes, en este caso sólo necesitaríamos un método que nos indique el camino correcto de acceso a la verdad; entonces podríamos reconocer la esencia del bien y fácilmente ponernos de acuerdo. Pero para Wittgenstein esto es una quimera; cancela la búsqueda de respuestas metafísicas y se ubica muy lejos de la concepción platónica de un mundo ordenado de Ideas y valores inmutables que el intelecto puede captar por un proceso de ascenso. Nos imagina inmersos en una trama de significados que no tiene otro fundamento que la praxis humana.



Reconocer nuestros límites puede ser uno de los resultados de la terapia wittgensteiniana, que nos permite diluir persistente ilusión que nos conduce a buscar respuestas absolutas para asumir que están fuera de nuestro alcance, a enfrentar nuestros propios límites y dejar de lado la búsqueda de inaccesibles objetos metafísicos. En *El nuevo Wittgenstein*, compilado por Alice Crary y Rupert Read un conjunto de autores sostiene, esgrimiendo diferentes argumentos, que el propósito primordial de Wittgenstein en la filosofía es fundamentalmente terapéutico en tanto su aspiración no es proponer teorías metafísicas, sino más bien ayudarnos a salir de las confusiones en las que nos vemos envueltos al filosofar. Creo que esta es una clave de lectura interesante puesto que permite comprender en profundidad algunos aspectos importantes que aparecen en la obra de Wittgenstein y mostrar cierta conexión entre el *Tractatus* y su segunda filosofía.

Como señala Carla Cordua, la liberación del filósofo, la posibilidad de dejar de hacer filosofía voluntariamente, es una gran conquista desde el punto de vista de Wittgenstein; antes dedicado a servir una empresa imposible, el filósofo abandona con clarividencia, y renuncia de manera ilustrada, a decir y a conseguir lo que no se puede (Cordua, 1998, pág. 248). Por eso creo, como señala Víctor Krebbs, que la actividad terapéutica de la filosofía va mucho más allá de la disolución de problemas o del esclarecimiento intelectual de confusiones lógicas: ella pretende ahondar la conciencia de nuestras propias inclinaciones y propensiones contra las cuales debemos estar prevenidos (Krebbs, 2009, pág. 81)

CONCLUSIONES

Los límites que Wittgenstein ha fijado en el *Tractatus* traen como consecuencia una manera radicalmente diferente de concebir y practicar la filosofía; completa así el viraje que ha iniciado Kant de poner límites a la metafísica. Abandonando las pretensiones de la filosofía tradicional, la ambiciosa búsqueda de respuestas absolutas y las apelaciones a entidades trascendentales propone una filosofía a la medida humana. El 2º Wittgenstein pone en práctica sus preceptos: se mantiene fiel a los límites del *Tractatus*, lleva a la práctica el ejercicio de la filosofía bajo una nueva premisa: desestimada la tarea de construir sistemas, se enfoca en el



análisis del lenguaje. Su pensamiento alcanza su máxima potencia desmitificadora para develar que en el origen de nuestros conceptos más venerados –*bien, belleza, verdad, conocimiento*– no hay legitimaciones, recursos, ni fundamentos más allá de los que los seres humanos somos capaces de producir por medio de la acción y del lenguaje. La filosofía puede ser una terapia que nos permite liberarnos de la pertinaz tentación de aludir a esencias ocultas, abrir un nuevo camino que nos permite pensar diferente y que tal vez nos conduzca a salir del laberinto, de la botella cazamoscas que nos retuvo durante tanto tiempo encandilados por la búsqueda del absoluto.

Lejos de la intención de descubrir un fundamento incondicionado, en su filosofía hay posibilidades diferentes de ordenar el mundo, familias de significados lábilmente emparentados, conceptos de límites difusos, juegos de lenguaje cambiantes como la vida misma. Una filosofía a la medida de humana, que cabe dentro de los límites de nuestra propia piel.

La filosofía cambia así radicalmente de cuño, deja de ser una teoría y se nos aparece como práctica, como la lucha contra nuestras más arraigadas tendencias, contra el impulso casi instintivo de transgredir los límites del mundo y del lenguaje. Se trata, por ello, de una tarea personal, de un trabajo sobre uno mismo que tiende a una transformación integral, por ello que concibe a la filosofía como una cuestión de la voluntad más que del intelecto.

Wittgenstein no nos da recetas; su propósito es invitarnos a pensar por nosotros mismos; lo afirma de manera clara tanto en el prólogo del *Tractatus* como en el de *Investigaciones Filosóficas*; quiere mostrar que podemos cambiar nuestra manera de pensar. Pretende poner el pensamiento en acción, forzarnos a tener pensamientos propios, ser el espejo en el que podamos reconocer nuestros errores. Creo que esta es una de las funciones más productivas de la filosofía, que en su función terapéutica nos llama a cuestionar nuestros propios supuestos, a ejercer la crítica de nuestros propios prejuicios, a romper el hechizo, a quitarnos las gafas para mirar el mundo de otra manera.



BIBLIOGRAFÍA

Gensollen, Mario: *Seamos humanos. Wittgenstein y el giro romántico*, Universidad Autónoma de Aguas Calientes, Mexico, 2009.

Cavell, Stanley: *Declinig decline, Wittgenstein as philosopher de la culture, 1976*

Cordua, Carla: "Wittgenstein y los sentidos del silencio", publicado en *Estudios Públicos*, N° 70, 1998

Defez, Antoni, "Dícales que mi vida ha sido maravillosa. Ética y existencia en Wittgenstein", publicado en *Isegoría, Revista de filosofía moral y política*, N° 9, 1994, págs. 154-163

Krebbs, Víctor: "Comentario a Silvia Faustino", en *Ensayos de metafísica*, Pablo Quintanilla (editor), Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú, 2009

Rojo, Roberto: *Más allá de la utopía*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1999.

Sádaba, Javier, *Lenguaje, magia y metafísica: El otro Wittgenstein*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1992.

Wittgenstein, Ludwig, *Diario filosófico 1914-1916*, Barcelona, Ariel, 1982.

Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus* (1921), Madrid, Alianza, 1979.

Wittgenstein, Ludwig, "Conferencia sobre ética" (1929) en *Ocasiones Filosóficas*, Madrid, Editorial Cátedra, 1997.

Wittgenstein, Ludwig, *Aforismos. Cultura y valor*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2007.

Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Madrid, Editorial Crítica, 1988.

Recebido: 16/05/2022

Aprovado: 14/06/2022